

Byung-Chul Han, *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*, Buenos Aires, Taurus, 2022, 103 pp.

Rafael Vázquez Díaz\*

*Infocracia*. Así como los servicios, la burocracia y el trabajo han evolucionado con la llegada de la web 2.0, el entretenimiento también lo ha hecho. En las pantallas se intercala el *Netflix & Chill*, con las notas sobre el bombardeo más reciente de Israel sobre Palestina, se proyecta la más reciente saga de *Rápido y furioso*, mientras en un cintillo leemos la nueva incursión de Rusia sobre Ucrania. Las pautas electorales aparecen junto a las predicciones de los horóscopos. ¿Qué parte es verdad de lo que aparece proyectado en la pantalla? Con tantos estímulos, la realidad pareciera ser un conjunto de hechos que transcurren en un tiempo difuso, en un lugar donde todo puede pasar.

Hay una respuesta a esa interrogante en uno de los textos más recientes de Byung Chul-Han, *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*, que sostiene que nos divertimos hasta morir, confundiendo las noticias con el simple entretenimiento. A este frenesí, a este exceso y saturación de estímulos y datos no le podemos decir “comunicación”, “conocimiento”, más bien, lo llama “infodemia” (p. 32).

Si Carl Schmitt, en su obra *Teología Política: Cuatro capítulos sobre la doctrina de la soberanía* (2009), define al soberano como aquel que decide sobre el estado de excepción, resaltando que la verdadera autoridad se manifiesta en situaciones de crisis cuando se debe suspender el orden legal, Byung-Chul Han, en contraste, plan-

---

\* Sociólogo por la UAQ. Cuenta con un posgrado en FLACSO, Argentina. Actualmente cursa el Doctorado en Ciencias Jurídicas de la UAQ. Correo electrónico: rafaelvazquezdiaz@gmail.com. ORCID: 0009-0005-3422-2001

tea una nueva etapa de la realidad contemporánea en la era digital y reconfigura el esquema afirmando “Soberano es quien manda sobre la información en la red” (p. 24). Según Han, en la sociedad digital, el poder ya no se centra en la capacidad de decidir sobre la excepción, sino en el control y la manipulación de la información que circula en la red cotidianamente. Así, mientras Schmitt veía la soberanía en la capacidad de suspender el orden jurídico en momentos críticos, Han la sitúa en la capacidad de gestionar y dominar la información digital, determinando así la percepción y la realidad de las personas en la sociedad de la información.

La transformación de la sociedad hacia una masa ávida de entretenimiento y estímulos otorga las dosis necesarias de felicidad, pero mientras más absortos estamos en la vida digital, la vida real se deteriora y precariza. En el tejido de nuestra sociedad contemporánea se entrecruzan hilos invisibles que nos arrastran hacia un mundo donde el placer y el entretenimiento se alzan como dioses omnipresentes. En esta era oprimida por la búsqueda incesante de satisfacción instantánea, nos sumergimos en un mar de distracciones que nos alejan de la reflexión profunda y la conexión genuina con uno mismo y los demás. Es una realidad donde el consumismo devora nuestra atención y energía, dejándonos atrapados en un ciclo interminable de deseos insaciables.

Esta vorágine hedonista se asemeja a la distopía descrita por distintos visionarios del pasado, donde el placer se convierte en el motor que impulsa nuestra existencia. En este mundo feliz, el consumo se erige como el pilar central de nuestra cultura, alimentando una sed insaciable de experiencias efímeras y gratificaciones instantáneas. Nos volvemos adictos al deleite superficial, cegados por una ilusión de felicidad que se desvanece rápidamente en la oscuridad de la noche.

En la media luz se revela la verdadera naturaleza humana, desnuda y vulnerable, ante los instintos primarios que yacen latentes en lo más profundo de nuestro ser. Una fotografía similar ofrece el cierre de la novela de *El Perfume*, en la que el protagonista se convierte en el catalizador de una orgía desenfundada, donde el éxtasis del placer se convierte en la fuerza dominante que consume y devora todo a su paso. En este festín de pasiones desatadas, la línea

entre el deseo y la depravación se desdibuja, revelando la fragilidad de nuestra humanidad cuando nos dejamos llevar por los impulsos más oscuros de nuestra naturaleza.

De manera análoga en el ámbito digital —que, aunque parece, no es un oxímoron— enfrentamos una tensión entre la *racionalidad comunicativa* y la *racionalidad digital*, reflejando nuestra lucha interna entre el conocimiento y la superficialidad. La primera está expuesta a la duda, al intercambio y al cambio de opinión por el razonamiento argumentado, en la segunda, el algoritmo únicamente puede ser *optimizado*. Los algoritmos sustituyen los discursos por un mero número, por una cuestión azarosa en las que las probabilidades determinan lo cierto, no el razonamiento.

Byung esboza un camino apocalíptico; tras la desaparición del discurso, de la palabra, del nosotros, viene la desaparición de la política: “Cuando los conflictos de clase y los intereses disminuyen, los partidos pierden su importancia” (p. 63). Aquí es donde nace el concepto y la idea que es corazón del texto del surcoreano: la *información* va a nacer como una *posdemocracia digital*.

Ante el desgaste de la esfera pública, las promesas y los discursos quedarán obsoletos. De hecho, la elección racional de las personas también, ya que sus datos serán el mejor indicador de sus deseos. La clase política va a dar paso a los administradores que trabajarán más allá de las ideologías y de sus intereses personales, habrá una optimización del sistema y las decisiones tomadas serán aquellas que hagan felices a las mayorías, al menos esta es la gran promesa de los dataístas.

La idea no es nueva, ya había sido explorada con anterioridad en la tesis de la *voluntad general* de Rousseau, en la cual la tarea comunicativa queda relegada a un segundo término. Las grandes acciones colectivas, explica, se determinan por la suma natural de las voluntades individuales y no por la acción de los acuerdos. Los dataístas no toman como punto de partida al individuo si no al colectivo, aseguran desde una postura conductista que las personas realmente no tienen un espíritu propio y una opinión formada más allá de la que la estructura social que los rodea. El hombre, como ente, está destinado a desaparecer y diluirse en la inmensidad de los datos.

La crisis de la verdad, íntimamente ligada a la proliferación de información falsa y manipulada, socava los cimientos mismos de la democracia. En un sistema democrático, la verdad y la transparencia son esenciales para la toma de decisiones informadas y la participación ciudadana. Cuando la verdad se diluye en un mar de desinformación, la capacidad de los ciudadanos para discernir hechos de ficciones se ve gravemente comprometida. Esto no solo distorsiona el proceso deliberativo, sino que también erosiona la confianza en las instituciones y en el proceso democrático en su conjunto. Sin una base común de verdad, el diálogo se fragmenta y el consenso se torna inalcanzable, debilitando así la estructura misma de la gobernanza democrática.

El libro de Han es preciso para describir un nuevo nihilismo, que es producto de la falta de creencia en la verdad fáctica. En la era de las *fake news*, suele ocurrir que la verdad desaparezca de nuestro radar. Ya ni siquiera hace falta mentir (pues ésta requiere la afirmación de la verdad para existir), en la nueva realidad dominada por el fanatismo, se busca desfactificar a la realidad, tornarse indiferente ante los hechos y si no es posible, al menos tratar de manipular la opinión de la gente.

Han es virtuoso para conectar con otros textos y retoma, por ejemplo, el *Ministerio de la verdad* que aparece en el texto de Orwell (2003), para señalar cómo se puede controlar a la población mediante el ocultamiento de la realidad. Así, se crean historias, se construyen biografías a modo de algunos personajes, se omiten los hechos poco convenientes, también se hace énfasis en la creación de pornografía a mansalva. El objetivo es que todo registro de la realidad, coincida con la verdad impuesta desde las instituciones.

El ariete para la destrucción de la realidad es el lenguaje; se construyen palabras para afianzar la mentira y eliminar toda matiz. La sobreexposición de *data* hace imposible la detección de la verdad. Retomando otras obras del autor (Chul-Han, 2013), critica la transparencia de la información, que ahora fluye a cántaros, imposibilitando su análisis y comprensión pausada. La saturación de los datos y la información evita que haya un diálogo, un entendimien-

to, y sin esto es imposible lograr una sociedad cohesionada. Sin una verdad definitiva, las sociedades se desintegran.

*Digital* en francés significa *numerique*, “lo numérico y lo narrativo, lo contable y lo narrable, pertenecen a dos órdenes del todo diferentes” (pp. 84-85). Las crisis narrativas provocan una falta de identidad y son sustituidos como microrelatos que brindan recursos de identidad. Los medios de comunicación se han visto en la necesidad de agregar la categoría de *Fact-Checking* que se trata de la evaluación y sustento de los hechos presentados, ya que en un mundo donde se está buscando suprimir la complejidad para llegar a audiencias más grandes, las sobresimplificaciones de las notas son un elemento central para el control de las audiencias y su manipulación.

La democracia, sigue Chul Han retomando una de las últimas charlas de Foucault, depende esencialmente de dos elementos: la *parresía* y la *isegoría*. Esta última es el derecho que tiene cada ciudadano para expresarse libremente, la primera es la obligación de decirle a las personas lo que es la verdad, preocupándose por la comunidad y utilizando “el discurso de la verdad, el discurso racional” (p. 87). Decir la verdad es un acto político y sólo cuando existen las condiciones de hablar, así como el compromiso de decir la verdad, es cuando existe una verdadera democracia. Sin ello, es *infocracia* pura.

La herencia que tiene Occidente con la filosofía, es la defensa de la *parresía* a ultranza, desde Sócrates —y la preferencia de la cicuta antes de la mentira— en esa categoría entra también Hypatia de Alejandría. Como erudita y matemática en el siglo IV d.C., Hypatia desafiaba las normas de su época al promover el conocimiento y la razón sobre las creencias religiosas. Su compromiso con la *parresía*, la franca expresión de la verdad, la llevó a enfrentarse a las autoridades eclesiásticas y políticas de Alejandría. Trágicamente fue asesinada por una turba de fanáticos religiosos en un acto de represión contra sus ideas y su defensa de la libertad intelectual. También el caso de Edward Snowden es un buen ejemplo; prefirió dejar su vida personal, sus bienes, su trabajo y hasta su nación para revelar información a los ciudadanos de Estados Unidos. Sin em-

bargo, ahora mismo, si existe alguien que esté cerca del concepto de parresía, es Julian Assange: con más de 11 años de estar escondido en la embajada de Ecuador en Londres, no ha podido ejercer su derecho humano de expresión. Desde que el nuevo presidente de Ecuador le retiró el asilo político y la nacionalidad ecuatoriana, fue detenido en 2019 por el Reino Unido para extraditarlo a los Estados Unidos, donde está siendo acusado de espionaje. El sacrificio de estos individuos destaca el poder y la peligrosidad de la búsqueda sincera de la verdad en sociedades donde la ortodoxia y el dogma prevalecen sobre el pensamiento crítico y la razón.

En la era de la información digital, el concepto de “nosotros” se ve amenazado por la fragmentación y el aislamiento promovidos por los algoritmos que dominan nuestras interacciones en línea. En lugar de fomentar un sentido de comunidad y entendimiento mutuo, estos algoritmos refuerzan las creencias individuales, creando burbujas de información que aíslan a las personas y erosionan el diálogo colectivo. Esta ruptura en el tejido social debilita la capacidad de construir un consenso basado en la verdad compartida, esencial para la democracia. La desintegración del “nosotros” socava la acción colectiva y la capacidad de enfrentar desafíos comunes de manera efectiva.

Es simple, el proceso de comunicación requiere de la otra persona por definición; de la escucha, del entendimiento empático que implica la experiencia de saber qué hay algo más allá del Yo. El reconocimiento del otro, de su pensamiento y contexto social es la base de la democracia como la conocemos, es decir, la erradicación de la violencia para dar entrada al uso de la razón es fundamental para que coexistan las ideas de forma pacífica.

Byung señala que la comunicación se ha terminado simplemente por la negación de la existencia del otro —independientemente de los motivos— tornando la existencia “autista, doctrinaria y dogmática” (p. 46). El fin del discurso también es el principio del establecimiento de la narrativa, que es un paso eficiente e inteligente en relación al complejo acto que implica la razón y el cuestionamiento no sólo del mundo cotidiano, sino de la propia ideología. El triunfo de la narrativa implica “ser ciego al discurso” (p. 46).

El asunto de fondo es una cuestión de identidad. Frente a la postura de la fluidez de las mismas (en exponentes como Bauman y Butler), hay teóricos que sostienen el fraccionamiento y la polarización identitaria (como la de Fukuyama y Peterson). En ese sentido, Han se inscribe en estos segundos, señalando que se han diluido los grandes relatos identitarios para dar paso a una multiplicidad de posturas y opiniones. De hecho, ese es el principio del fin del “nosotros” como una comunidad, el fin del acto comunicativo, de la “racionalidad comunicativa” (p. 53), así surgen las guerras tribales de identidad. La victoria de la fragmentación conlleva la erosión de la esfera pública, el fin del discurso coincide con el principio de los datos y su uso para la gobernanza. Los dataístas vienen a proponer un mundo donde ya no es necesaria la palabra con el otro porque la inteligencia artificial escucha *más y mejor* (p. 58).

La crisis de la verdad y la fragmentación de la identidad colectiva en la era digital no solo amenazan la democracia, sino que también transforman la forma en que las personas se relacionan entre sí. Los algoritmos y las burbujas de información fomentan un aislamiento que debilita el sentido de comunidad y el reconocimiento mutuo, elementos fundamentales para una sociedad democrática. Este fenómeno, descrito por Byung-Chul Han indica que la sobreabundancia de información y la manipulación algorítmica están reemplazando la comunicación auténtica y el diálogo racional, pilares esenciales para la construcción de un consenso y la acción colectiva.

A medida que la tecnología digital redefine las complejas tensiones entre civilización y barbarie a lo largo de la historia de la humanidad, suelen estar precedidas por la percepción de lo que el consenso considera progreso, cultura, educación y arte. La hegemonía es el marco divisorio entre lo trascendente y lo efímero. En contraste, lo bárbarico, generalmente está relacionado con el caos, la violencia y la periferia. En el entorno digital, esta dicotomía se refleja en la brecha entre aquellos que pueden navegar y dominar el espacio virtual y aquellos que quedan marginados por la falta de acceso o destreza tecnológica, amplificando las desigualdades y generando nuevos desafíos para la cohesión social.

La aldea digital es un sitio inhóspito. De hecho, “es solo un mapa, no un territorio” (Weiser, 1991). Existen limitantes materiales que determinan quiénes exploran el internet y quiénes se mantienen al margen; generalmente, a esto se le conoce como brecha digital. Sin embargo, en Occidente existe una infraestructura lo suficientemente extendida como para considerar que el grueso de la población ya está inmerso en la red.

La virtualidad es un espacio de oportunidad para las personas; pueden presentarse de una manera distinta a como son en su vida *offline*, generar comunidades con intereses similares, incluso su comportamiento en línea puede influir en sus comportamientos en la realidad. Hay muchos elementos que determinan las nuevas identidades: la edad, el contexto socioeconómico, la propia destreza para descubrir nuevos espacios infinitos que surgen todos los días en la web y pensar de que es un fenómeno cotidiano cada vez más común, no hay esfuerzos suficientes para entender las nuevas identidades y cómo los algoritmos generacionales construyen a las personas. Ese es el principal aporte del libro de Byung-Chul Han, ya que con una lucidez extraordinaria logra aislar algunos de los elementos que están formando política e ideológicamente a las personas, analiza los riesgos y los pone en la mesa para su discusión.

Para tomar en serio los riesgos ocultos en el *inconsciente digital* (p. 21), se tiene que hablar del control psicopolítico que menciona el teorema de Thomas “Si los hombres definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias”, así, el mundo digital puede ser inexistente, pero las consecuencias en la realidad cotidiana tienen un verdadero impacto.

El mundo digital es igual o más diverso que la realidad; existen demócratas dando mensajes alentadores, pero también hay fanáticos. De hecho, las militancias en la red han probado que se pueden convertir en movimientos totalitarios e imposibles de contradecir. Su incapacidad para discutir ideas, para disentir, la tendencia a linchar y señalar, suele encontrar sus mejores víctimas en aquellos con menos habilidad para entender el alcance de sus palabras, por eso suele ser un territorio hostil para todas aquellas personas que no sean nativos digitales.

A modo de cierre, señalaré que el texto de Chul-Han no es un libro de filosofía política, tampoco es un libro de ética, aunque se acerque a ambas corrientes. Este texto es una unión entre la narrativa simbólica, la sociología y la filosofía. Es un mapa crítico para navegar por la realidad de la información y la desinformación en la sociedad contemporánea. La densidad del lenguaje y la estructura discursiva lo alejan de las narraciones simples y proponen una mirada crítica a la complejidad de los fenómenos sociales en el mundo digital. Es una obra que invita a la reflexión y a la acción, recordándonos la importancia de preservar la luz de la verdad en un mundo saturado de información. Sostiene que la democracia depende de nuestra capacidad para resistir la infocracia y mantener viva la llama de la razón y el diálogo en medio de las sombras de la desinformación y el fanatismo, para ello, hay que salir de la *caverna digital* en la que estamos intoxicados por imágenes falsas: “La luz de la verdad se apaga por completo... un fuerte *ruido de información* difumina los *contornos del ser*. *La verdad no hace ruido*” (p. 91).

## Bibliografía

- Chul-Han, B. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Madrid: Herder Editorial.
- Orwell, G. (2003). *1984*. México: Editorial Debolsillo.
- Schmitt, C. (2009). *Teología política: Cuatro capítulos sobre la doctrina de la soberanía*. Madrid: Trotta.
- Weiser, M. (1991). The computer for the 21st century, *Scientific American Ubicomp*, 265 (3), 94-104.